El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8703 DIARIO DE LA NOCHE. TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 29 Octubre 1890.

LOS NOVENTA AÑOS DE MOLTKE

El domingo cumplió noventa años el feldmariscal Moltke, y Berlín ha celebrado con grandes fiestas el aniversario del natalicio del hombre insigne que ha prestado tantos servicios á su patria.

El emperador Guillermo ha tomado parte activa en los preparativos, disponiéndolo todo para que resultara con el mayor lucimiento. El joven soberano ha querido demostrar que no olvida á los que ayudaron á su abuelo en la gran obra que él ha heredado, y que les reverencia y los honra siempre que no se opongan á sus planes.

Moltke fue más prudente que Bismarck, y antes de que le retirasen de la escena de la política, se retiró él voluntariamente.

Si hubiera querido permanecer en Berlín, Guillermo le hubiera aconsejado que se fuese al campo. Retirado voluntariamente, el emperador ha ido á buscarle para tributarle honores.

En 1824 entró Moltke al servicio de Prusia. Era entonces un hidalgo de origen dinamarqués, pobre y desconocido, y sin hacerse notar mucho pasó por los grados inferiores de la milicia.

Su notoriedad comenzó desde que fue á Oriente á organizar el ejército turco, y bajo la luz espléndida de aquel cielo asistió á las primeras batallas en que después ha ganado tantas.

De su vida en esta época dan cuenta minuciosa las cartas que escribía á su hermana, muchas de las cuales se han publicado en un volumen.

Estas cartas, que dan á conocer á Moltke como observador y como estratégico, le valieron una preciosa conquista: la del corazón de una hermosa joven de quince años. La hermana de Moltke estaba casada con un caballero inglés, Mr. Bute, que tenía de su primer matrimonio una hija. Esta no conocía al hermano de su madrastra, pero oyendo leer las cartas que aquel hombre enviaba de Oriente; comenzó á admirarle y á sentir por él un gran afecto.

Cuando Moltke volvió á Oriente á descansar al lado de su hermana, á la que adoraba, tenía cuarenta años. Nunca había pensado en casarse, ni se le conocían amores lícitos ni ilícitos. La primera mujer que llamó su atención fue aquella joven que halló instalada en el hogar fraternal, y que le miraba como extasiada cuando creía que él no la veía, y que se ruborizaba hasta lo blanco de los ojos cuando él la miraba.

La hermana comprendió lo que pasaba en el alma de la hija de su marido, y dulcemente inclinó á su hermano á la unión, que fue dichosa á pesar de la diferencia de edades.

María Bute encantó el hogar del soldado, y cuando murió en 1868, siendo condesa de Moltke, le dejó un gran vacío.

De esta feliz unión no nació ningún vástago, y Moltke lleva siempre en el alma el luto de su esposa.

Su única familia la componen hoy su sobrino y heredero, que es su ayudante de campo, y los hijos de éste. Con ellos vive recibiendo los cuidados, que alegran los días de su vejez, exenta de achaques.

* * *

A Francia fué por primera vez acompañando al difunto emperador Guillermo cuando éste visitó con motivo de la Exposición universal á Napoleón III, que estaba entonces en el apogeo de su poder.

Los franceses se rieron no poco del general que llevaba Guillermo.—No parece militar decían. Con esa cara completamente afeitada, esa cabecita pequeña, ese cuerpo débil, parece un notario de la Comedia Francesa.

El notario, como le llamaban, gustaba poco de presentarse en las fiestas de las Tullerías, pero le gustaba mucho recorrer él solo París y sus alrededores. Donde veía un cañón se paraba.

Algunos años después demostró el *notario* de la Comedia Francesa, aquel hombre que no tenía aspecto militar, lo bien que había aprovechado el tiempo en aquellos paseos.

La historia de Moltke, á partir desde la guerra franco-prusiana, es bien conocida. En toda aquella lucha, Moltke fue la cabeza; el viejo emperador Guillermo con Bismarck el corazón, y el príncipe Federico Carlos y el que era entonces príncipe imperial, los brazos.

Corazón, brazos, todo se ha paralizado: la cabeza que se coronó de laureles sigue pensando, pero lejos del movimiento y del ruido, en un apacible retiro, donde lleva muy bien el peso de sus noventa años.

De allí le han sacado para llevarle á Berlín á tributarle honores. Tales fiestas serán quizá sus funerales, porque á los noventa años no hay mañana seguro.

Como Carols V en Yuste, el anciano feldmariscal ha asistido á sus funerales en vida.

LOS CANTANTES ESPAÑOLES.

Luigi Rassi, en su reciente obra «L'arte del cómico,» pasa revista á los artistas líricos españoles más conocidos en el mundo musical.

Hé aquí algunos de sus párrafos:

«¡Qué diremos de España, esta hermana nuestra por la sangre y tierra del arte en sus más espléndidas manifestaciones; de España, que nos dió en el pasado artistas como la Malibran, la Colibran, la Viardot, la Anglés, Fortuny y García, y en el presente la Volpini, la Gassier; Belart, Carrión, Valero, Uetam, Vidal, Padilla y Gayarre!

¡Gayarre! ¿Quien podrá pronunciar este nombre sin sentir oprimido el corazón? Ayer, en el vigor todavía de los años, arrebataba todo un público con su canto melódico y apasionado, en el cual vibraba siempre la pasión y el alma del personaje con su arte de actor clásico y puro... hoy ya no resta de él más que amargo recuerdo.

No hubo público, propio ó extraño, que no tributase á Gayarre los honores debidos á la celebridad.

Fue proclamado rey de los tenores, y Madrid lo consideraba como un semidios.

Más de cien mil personas seguían su entierro; desde el ministro al último mendigo, mujeres, niños, viejos, diputados, grandes de España, artistas, banqueros, periodistas, obreros, todo Madrid, toda España puede decirse, fluía como un torrente para asociarse á aquel homenaje tributado á la memoria del incomparable artista.

Valero, que se había mostrado artista dramático, en el verdadero sentido de la palabra, así en «La Favorita» y en «La Sonámbula,» como en «Los Puritanos,» que conquistaba rápidamente mayor renombre en el «Fausto» y en «Filemon y Bausis,» subió á la cúspide de la fama en el D. José de «Carmen.» ¿Quién mejor que él podía interpretar este personaje? Valero nació y se educó en Andalucía, el país precisamente de aquella infernal.

He oído á Uetam cantar en Florencia «Roberto el Diablo.» Al presentarse en escena, diríase que era una aparición fantástica; todas las miradas estaban fijas en él.

Difícilmente puede expresarse la dificilísima parte de Beltrán, con mayor eficacia, sin caer en la exageración.

Su ademán es siempre amplio, mórbido y flexible. En su acento se nota claramente el estudio minucioso y profundo del carácter.

¡Y el traje, el gesto, el ademán, hacen de él un cuadro viviente!

Vidal, artista exquisito por el canto y por la natural elegancia de su apostura, ha demostrado en su larga y brillante carrera una excepcional variedad de ingenio en la representación de los tipos más diversos, así en el Genaro de la «Lucrecia,» como en el Corentino de la «Dinorah,» lo mismo en el Almaviva del «Barbero,» que en el Amenpfis del «Moisés,» igual en el Elvino de la «Sonámbula,» que en el duque del «Rigoletto.»

Es de los pocos de los que puede decirse que con la constante corrección de su canto y el asiduo amor al estudio, logró suplir la deficiencia de su órgano vocal.

Padilla ha recorrido también muy brillante carrera; aclamado por donde quiera y popularísimo; predilecto de los teatros de Alemania, incluso el de Berlín, es citado como modelo de perfección, ya por el arte del canto, ya por la acción dramática en la interpretación del repertorio clásico italiano.»

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

SOLFEO.

* * *

Charada

Un **todo** en el campo ayer
me la echó de **una tercera**
y yo con una **dos prima**,
si no se va lo **dos tercia**.

Tomás.

La solución en el número próximo.

HISTORIAS MADRILEÑAS

CONDESA Y MODISTA

. . . . . .

Acabábamos de tomar el té: la gente pacífica, que gusta de acostarse temprano, comenzaba á retirarse, y solo quedábamos unas setenta ú ochenta personas de las que habíamos asistido á la reunión del embajador.

—Supongo —me dijo la marquesa de X... —que no se marchará Vd. todavía.

—No por cierto.

—Entonces deme Vd. el brazo y paseemos un poco por los salones.

La marquesa es mujer de vivo ingenio, de animada y chispeante conversación, y estaba seguro de que á su lado pasaría un rato agradable.

Ella misma comenzó el diálogo, preguntándome.

—¿Se ha divertido Vd. mucho?

—Yo sí, ¿y usted?

—Yo tengo la fortuna de no aburrirme jamás en ninguna parte; observo y escucho, y eso me basta para distraerme.

Pues lo propio me sucede á mí.

—Celebro que estemos de acuerdo.—A propósito, ¿ha reparado Vd. en la condesa de ***?

—Sí; hemos hablado algunos momentos.

—¡Qué bien vestida está!

—Como de costumbre.

—Y sus hijas lo mismo.

—Deben gastar un dineral en trajes.

—No lo crea Vd.: aquí viene la persona de quien se trata y se lo preguntaremos.

En efecto, á dos pasos de nosotros estaba la condesa, elegante y hermosa, á pesar de sus cincuenta años cumplidos.

—Hablábamos de tí:—prorrumpió la marquesa.

—Y de seguro bien,—repuso la otra,—porque ni tú ni el señor teneis mala lengua.

—Decíamos únicamente que tú y tus dos hijas llamais siempre la atención por el buen gusto de vuestras *toilettes*.

—Pues,—repuso la condesa sonriéndose,—todo cuanto llevamos es casero.

—¿Hecho por vosotras?

—Por la costurera y la doncella, bajo mi inmediata dirección.

—¿Sabes, querida, que si pusieras talle de modista ganarías un fortunón?

—Eso—añadió la condesa algo cortada,—no es otra cosa que amabilidad tuya.

Y saludándonos á los dos, se alejó seguida de sus hijas.

—¡Si supiese Vd.—dijo en voz baja la marquesa mientras tomábamos otra direccion—lo que se cuenta!

—Repítalo usted.

—La cosa es tan estraña, tan inverosímil, que cuesta trabajo darle crédito, pero mil circunstancias, mil pormenores parecen acreditar la versión.—La condesa no es rica: antes vivía modestamente; ahora tiene buenos carruajes, excelentes caballos, palco abonado en el Real; enfin, un tren de vida por todo extremo lujoso. Nadie ha puesto nunca en duda su virtud: las dos muchachas son dechado de juicio y de sencillez: en fin, el conde no es jugador.—Así, ¿á qué se debe ese cambio súbito y reciente?

—Alguna herencia...

—¡Ay, amigo mío!—¡Los tios de Indias se han acabado tiempo há!—Así, después de muchas suposiciones, de muchas calumnias,—tan infames las unas como las otras,—la gente se ha fijado en lo que tiene apariencias de probabilidad.

—Sepamos.

—Indudablemente la época actual es la de las especulaciones, grandes como pequeñas: cada cual trata de enriquecerse á su manera; y lo que antes parecía mal á muchos, hoy se juzga aceptable por otros. De ahí procede que ha pocos años solo había modistas para las señoras, y ahora existen *modistos* ó *sastres* dedicados á satisfacer sus exigencias y caprichos.

El ejemplo de Worth, de Pingat y de Félix que se han hecho poderosos en París, fue seguido en Madrid primero por Basoncon; después por el llamado *Henri*, joven de distinguida familia, que habita en la calle de Jovellanos, y fabrica los sombreros más bonitos, más elegantes que puede imaginarse.

No conozco nada tan productivo, amigo mío, como lo que pertenece á la indumentaria femenina, y por eso hay en cada calle lo menos una modista de más ó menos fama...